

## Prólogo

El 7 de enero de 1979, el ejército vietnamita entra en Phnom Penh y libera Camboya del yugo de los jemereros rojos; el país sale de cuatro años de horror.

A finales de ese mismo mes, moribunda, demacrada, más muerta que viva, consigo, con la ayuda de mi joven hijo, escapar de la selva en la que ha fallecido el resto de mi familia y más de dos millones de camboyanos. Hace cuatro años que me alimento de cucarachas, de sapos, de ratas, de escorpiones, de saltamontes y termitas para calmar mi estómago hambriento por el régimen forzado de los jemereros rojos; hace cuatro años que voy descalza, haga el tiempo que haga, por los arrozales, para labrar, sembrar, replantar y segar, cavar fosas o construir diques, todas las mañanas, con tan sólo unos granos de sal gruesa y agua fría en el estómago como desayuno, el cuerpo inflado de edemas, enfebrecido por el paludismo, con la prohibición absoluta de quejarme y de llorar a mis muertos.

Por fin libre, arrastro mis treinta kilos hasta el pueblo más próximo, donde los soldados vietnamitas que liberan el sector nos conducen a Siem Riep, una provincia situada en el noroeste de Camboya. Los refugiados exi-

liados en esta región reciben tratamiento en un hospital improvisado. Un médico militar vietnamita me pide que escriba el relato de todo lo que he visto y vivido; el texto servirá más tarde como prueba de cargo en el proceso abierto por el gobierno jemer vietnamita para juzgar en rebeldía a Pol Pot y sus esbirros.

En cuanto estoy más o menos recuperada, intento abandonar lo antes posible los lugares malditos de ese crimen organizado, y consigo regresar al país de mi padre, Francia.

Desde 1980, tanto por miedo a las represalias como por falta de tiempo, puesto que he tenido que empezar de cero al llegar a Francia, no puedo retomar la escritura de mi testimonio de esos cuatro años de presidio. Un día, en el trabajo, conozco a un profesor universitario europeo con el que hablo de los genocidios que ocurren por todo el mundo y evoco el caso de Camboya. Con aire contrariado, el eminente profesor me interrumpe y me dice secamente que nunca ha existido un problema camboyanos: «No entiendo por qué se sigue hablando del genocidio jemer. Los jemereros sólo hicieron bien en su país. Visité Phnom Penh en 1978 y todo era normal, los camboyanos vivían felices y gozaban de perfecta salud». Escandalizada por esas afirmaciones, le respondo secamente: «Profesor, yo también estuve allí, no en 1978 sino desde abril de 1975 hasta enero de 1979, no en Phnom Penh sino en los bosques, donde nos deportaron y nos trataron como animales. Los jemereros no tuvieron en cuenta mi nacionalidad francesa y me mandaron a hacer trabajos forzados. Viví encerrada en ese

infierno durante cuatro años». El hombre se quedó boquiabierto y no dijo una palabra más.

¿Cómo es posible que semejante cabeza pensante se dejara manipular de esa forma? Gracias a este incidente, caigo en la cuenta de que tengo que armarme de valor y poner en negro sobre blanco ese lento descenso a los infiernos que sufrí durante cuatro años, que debo combatir las tesis negacionistas de ciertos intelectuales que no pierden la oportunidad de afirmar que el régimen de terror de los jemerres rojos no existió y lograr que ese periodo macabro de la historia de Camboya no caiga en el olvido.

He vuelto a leer mis notas escritas en estado de *shock* en Siem Riep, me he zambullido con dolor en los recuerdos de un pasado de pesadilla y he puesto un poco de orden.

Dedico esta obra a mi hija de nueve años, que murió de hambre, y a todos los seres queridos desaparecidos o enterrados «en algún lugar, en las profundidades de una jungla inhóspita».

## **Mi juventud en el país de la dulzura de vivir**

Euroasiática, nacida en Phnom Penh en noviembre de 1944, hija de un padre francés y de una madre vietnamita: un producto puro del colonialismo.

Mi padre, Maurice Lucien Affonço, había nacido en Pondichéry, entonces colonia francesa, lo que explica su nacionalidad, pero sus orígenes eran muy mestizos: si un antepasado portugués le había transmitido su apellido, un abuelo hindú le había dado, sin duda, su tono de piel, color chocolate. De su primer matrimonio con una alsaciana, que falleció de disentería amebiana en 1931, tuvo tres hijos: dos chicos, Henri y Bernard, a los que envió a Francia para que cursaran estudios superiores, y una chica, Lydie, que estudiaba en el liceo francés de Dalat, en Vietnam.

Contratado por el Ministerio de Cultura, mi padre llegó a Camboya en 1921 en calidad de director de la École de Marbre de Pursat. En marzo de 1945, bajo la ocupación japonesa, fue agrupado como todos los franceses en campos de concentración. Cuando terminó la guerra, se instaló en el país y fue contratado por el Ministerio de Educación francés para que enseñara francés, inglés y

latín en el principal instituto de Camboya, el Sisowath, donde conoció a mi madre, que formaba parte de la numerosa comunidad vietnamita.

Mi padre también fue preceptor del príncipe Norodom Sihanouk,\* que le guardaba respeto y amistad. En las grandes ocasiones, recuerdo que el rey mandaba a una de sus hijas con cestas de frutas exóticas de tierras lejanas: manzanas, peras, melocotones, cerezas, albaricoques. Cuando llegué a Francia, me alegré de volver a encontrar el sabor de las frutas de Samdech Euv.\*\*

Mi padre era muy severo con sus hijas. ¡Recibí la mayor bofetada de mi vida por regresar del colegio sin matrículas de honor en mi cuaderno mensual de notas! Y mi hermana Lydie me contó que, en el liceo donde lo tenía como profesor de latín, le hacía recitar las lecciones delante de toda la clase, a golpe de vara. Sin duda, no sólo nos dejó buenos recuerdos.

Aun siendo mestizo, a veces mostraba un comportamiento bastante racista. Así, cuando mi hermana se comprometió con su profesor de gimnasia, de origen antillano, insinuó que se había equivocado. El día en que aquel joven cultivado y muy simpático fue a Phnom Pehn para conocer al «señor Affonço», éste dio a entender a su hija que habría deseado que se casara con un blanco. Mi hermana, indignada, le respondió: «Oye, papá, ¿cuánto hace que no te miras al espejo?». Y él le respondió que era una insolente. Desde entonces, mi cuñado sólo se dirigió a su suegro como «señor Affonço».

\* El príncipe se convirtió en rey en 1941, a los diecinueve años.

\*\* *Samdech* significa en camboyano *monseñor*. El pueblo llamaba a Sihanouk *Samdech Euv*, *monseñor papá*.

Cuando se jubiló, decidió abandonar el país para reunirse con sus dos hijos mayores en Francia, especialmente ilusionado por conocer a su primer nieto, rubio y con los ojos azules, del que se sentía muy orgulloso. Mi madre, ligada a su familia, no pudo hacer el viaje y, como yo todavía era muy joven, mi padre no quiso que me separase de ella. Por eso se fue de Camboya él solo. En esa época, no había vuelo directo entre Phnom Penh y París, así que primero había que ir a Vietnam para tomar un barco con destino a Marsella. Como último favor, el rey Sihanouk le facilitó el viaje poniendo a su disposición un pequeño avión privado Cessna y un piloto militar francés que lo llevaron directamente a Saigón.

No volví a ver a mi padre. Apenas dos años después de su llegada a París, enfermó y murió; me dejó huérfana a los doce años de edad.

Crecí por tanto con una madre sola, una mujer sin profesión, pero valiente y trabajadora. Papá le había dejado un pequeño peculio, que se fundió como nieve al sol. Tenía cinco bocas que alimentar en casa: su madre, anciana y sin recursos; su hija mayor, de padre vietnamita; sus dos sobrinos, de cuatro y dos años, que su hermana le había confiado en su lecho de muerte; y yo, su segunda hija. Solía verse en apuros económicos para alojar y alimentar a tanta gente y educar debidamente a los cuatro niños.

Mi madre hablaba francés, pero no lo leía. Cuando mi padre murió, pidió al marido de nuestra vecina, el señor Gauthier, que se convirtiera en mi tutor y se ocupara de mi educación. Él y su familia eran refugiados de Vietnam del Norte que habían tenido que abandonar el país a causa de la guerra de Indochina. Se quedaron unos

años en Phnom Penh antes de regresar definitivamente a Francia.

Mi madre era budista practicante; yo era católica, bautizada al nacer. Ella nunca se opuso a que yo me educara en la religión cristiana y nuestras dos prácticas convivieron armoniosamente.\* Para mi primera comunión, quiso comprarme un vestido nuevo, pero como los precios eran desorbitados, la mujer de mi tutor se prestó a confeccionar uno con un vestido de boda. Aun así, mamá se endeudó para ofrecerme ese día una pequeña comida festiva compuesta de pollo asado, ensalada y tarta.

Cursé todos mis estudios en el liceo francés de Phnom Penh, el liceo Descartes. Nunca estudié jemer. Pese a mis rasgos de *nhac*,\*\* ya que físicamente había heredado el tipo vietnamita de mi madre, yo era y me sentía francesa. La mayoría de mis compañeros de clase eran euroasiáticos como yo, aunque también había vietnamitas y franceses. También había camboyanos, hijos o hijas de altos funcionarios que tenían recursos para llevar a sus hijos a esa institución (gratuita para nosotros, los mestizos franceses), pero yo no los frecuentaba, pues era muy tímida y me costaba relacionarme con los demás. Apenas hablaba jemer, no tenía motivos para apren-

\* Las religiosas que a veces venían a casa se ofendían al verme comer las ofrendas que mi madre depositaba sobre un altar. Para las hermanas, ¡aquello era un pecado mortal!, mientras que mi madre no veía ningún mal en ello y a mí me parecía absolutamente natural no desperdiciar la comida.

\*\* *Nhac*, diminutivo de *nhac quê campo*, es el término utilizado por los colonos franceses para designar a un vietnamita.

derlo y jamás había pensado en Camboya como mi patria.

Nunca tenía vacaciones: en los meses de julio y agosto, trabajaba de canguro para nuestra vecina a fin de poder comprar los libros y los materiales escolares cuando empezara el curso. El tiempo libre estaba consagrado a la lectura, a los dictados y a los ejercicios. Mi prima y yo trabajábamos juntas al borde de la cama sobre un escabel de madera que hacía de escritorio. Cuando mi madre no podía pagar el alquiler, la dueña nos cortaba la electricidad y terminábamos los deberes de noche, bajo la luz de la luna y al resplandor de una vela.

Éramos pobres pero honrados y trabajadores. Todavía hoy admiro el coraje de mi madre, una mujer que supo inculcarnos contra viento y marea las reglas de la buena conducta y que se sacrificó para que sus cuatro hijos estudiaran. Quizá fuera su ejemplo lo que me dio fuerza moral para luchar y sobrevivir veinte años más tarde en el infierno de los bosques de Camboya.

En 1964 terminé los estudios secundarios. A los veinte años, al mismo tiempo que me incorporé a la vida profesional, conocí al que se convertiría en el padre de mis hijos, Phou Teang Seng, un chino de la isla de Hainan cuya familia se había establecido en la provincia de Kampot. Abandoné el domicilio materno para instalarme con él en el apartamento medianero al que ocupaba su familia —su hermana, con su marido y sus cuatro hijos, y su hermano, un chico un poco simplón—. No hubo matrimonio; en esa época el concubinato era moneda corriente y yo no quería legalizar una situación que podía perjudicarme laboralmente: la embajada de Francia, por ejemplo, no contrataba a franceses casados con cambo-

yanos o chinos. Al principio encontré un trabajo de secretaria-mecanógrafa bilingüe de inglés y francés en el consulado general de Corea del Sur. Cuando se produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Corea del Sur y Camboya, abandoné ese puesto para enseñar en un colegio privado francés; cuando me quedé embarazada, perdí ese trabajo, porque la directora, una francesa que no tenía ningún tipo de seguro médico para su personal, no quería mantenerme por miedo a un accidente. Hay que decir que en aquel país los trabajadores estábamos a merced de los empleadores del sector privado: no había protección social, ni seguro médico, ni cotizaciones para la jubilación, ni baja por maternidad, de manera que si una no quería perder su empleo, debía trabajar hasta la víspera, o incluso el mismo día, del parto, y volver a su puesto de trabajo dos semanas más tarde. Trabajábamos más de cuarenta y cinco horas semanales y sólo teníamos quince días de vacaciones al año. Cuando nació mi hija Jeannie, encontré trabajo en la empresa Comin Jemer, cuyo presidente y director general era danés. Más tarde, la compañía me nombró secretaria de dirección de una empresa que fabricaba leche en polvo, Sokilait. Me quedé allí desde que se construyó la fábrica hasta que se produjo y se lanzó el producto. Finalmente, en 1973, dejé Sokilait por un puesto de secretaria del agregado cultural en el servicio de cultura de la embajada de Francia en Phnom Penh y continué allí hasta que los jemeres rojos llegaron al poder.

En los negocios, Seng era muy emprendedor, quizá demasiado. Tras ser gerente del comedor de oficiales esta-

dounidenses de Phnom Penh, montó un sinfín de comercios y de restaurantes que nunca funcionaron, así que solíamos estar endeudados. Después, cuando empezaron la guerra y los bombardeos, encontró otro filón: la construcción. Podría haber tenido éxito como arquitecto-decorador, pues Seng tenía talento y mucho gusto. En particular, hizo los planos de las villas de los nuevos ricos de Phnom Penh, la mayoría oficiales del ejército camboyano: generales, coroneles..., y se ocupó de toda la decoración. Este negocio sí prosperó.

Ante sus clientes militares, Seng escondía sus opiniones comunistas. En casa, en cambio, me recitaba todos los días los pensamientos de Mao, aunque yo era anticomunista. Cuando hablábamos del tema, siempre terminábamos discutiendo. Él era antiimperialista, anticapitalista, pero le gustaba vivir con comodidad, conducir hermosos coches estadounidenses, ir a restaurantes y el buen whisky, tanto que yo le aconsejaba, con aspereza, que volviera a China. Con todo, habría sido imposible y él lo sabía, ya que sólo era comunista ideológicamente y, además, China no aceptaba a sus ciudadanos residentes en el extranjero. También se mostraba, sistemáticamente, contrario a los occidentales, en particular a los franceses. Y, sin embargo, me había elegido a mí.

Pese a esto, nos entendíamos bastante bien cuando no hablábamos de política. Era un hombre guapo. Con él, formé una familia. Tuvimos tres hijos: Jean-Jacques, que nació el 25 de agosto de 1964 y vivió el periodo de los jemereros rojos entre los diez y los catorce años; Jeannie, que nació el 30 de mayo de 1967 y murió de inanición a los nueve años bajo el régimen de los jemereros rojos, y Françoise, que nació el 19 de diciembre de 1970 y cuya desa-

parición prematura, unos días más tarde, no tuvo relación alguna con el régimen de los jemereros rojos. Mis hijos fueron reconocidos por su padre, que les dio su apellido, pero tenían nacionalidad francesa.

Tras el nacimiento de Jeannie, enfermé. Me sentía tan fatigada que no podía cuidar al bebé. La tía de mi marido, la señora Champion, casada con un francés,\* se ocupó de ella y siguió haciéndolo cuando volví a trabajar. Poco a poco, se convirtió en su segunda madre. Jeannie terminó eligiendo vivir en su casa y sólo venía a la nuestra los fines de semana. Si el fin de semana fatídico en que los jemereros rojos tomaron Phnom Penh, los dos días que preceden el año nuevo jemer, mi pequeña Jeannie se hubiera quedado en casa de su tía, su suerte habría sido distinta...

Con nuestras alegrías y nuestras penas, nuestra vida era un largo río tranquilo. Habría podido y debido desarrollarse así, de la manera más banal del mundo, en un país donde siempre hace sol, apacible y relajado. ¿Cómo imaginar que, de la noche a la mañana, el 17 de abril de 1975, se encaminaría hacia el horror?

\* En los años cincuenta, esta tía vivía en Francia, en Vesoul, con su marido Lucien Champion, que trabajaba en una mina, donde murió en una explosión. Entonces, ella, embarazada de tres meses y sin conocer a nadie en Francia, decidió regresar a Camboya.